



Kelsey Grammer, protagonista de «Boss».

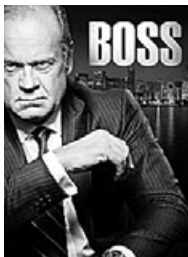
lando (por persona intermedia) a tontos, troyanos, secretarios, secretarios, amigos, cómplices, enemigos (naturalmente), rivales, protegidos y lo que haga o no haga falta. No puede ni quiere, en definitiva, escapar de su carácter: igual que el escorpión que mata a la rana que lo transporta a la otra orilla, ahogándose ambos, porque no puede dejar de ser un escorpión, el alcalde de Chicago desarma todo cuanto le rodea, porque no puede dejar de ser un arquétipo del poderoso, porque en su esencia está esa falta de empatía, esa psicopatología que es base y cuerpo del Poder.

¿Cómo reaccionan los suyos? Pues, a todos los pillan con el paso cambiado,

pues todos están a lo mismo que el gran Boss, que el gran jefe: a llegar a la cima que sea pisando los sesos a quien sea, sin reparar en medios, traicionando, vendiendo o vendiéndose, no viéndose jamás hartos de chapotear entre mierda. La esposa canalla; la infiel mano derecha

Boss

Creador: Farhad Safinia.
Serie de TV: ocho episodios.
Canal Starz.



(¡qué interpretación fría, hipnótica de Kathleen Robertson!) y el infiel perro faldero; el viejo sinvergüenza y repulsivo candidato a gobernador; el joven sinvergüenza y repulsivo candidato a gobernador; la liante y liada hija; el camello romántico; el periodista trepa... Quien ambiciona el Poder nunca tiene bastante: ese es su carácter y **Boss** su serie.

Lecturas

Contra los mediocres

¡Despidan a esos desgraciados!, miopía y miseria de los críticos literarios



RICARDO MENÉNDEZ
SALMÓN

Quizá la historia de la literatura admita ser vista como la obra de un elefante contemplada (y juzgada) desde la óptica de una pulga. A lo largo de los siglos, siempre que se ha producido una verdadera revolución literaria, los frutos propiciatorios de ese cambio de paradigma han sido tratados con varas de medir cortas. Por cada **Joyce** que en el mundo ha sido, cien mil críticos de medio pelo se han apresurado a rebanarle el pescuezo. Si a alguien de la estatura intelectual y artística de Gide le pudo pasar desapercibido el genio y singularidad de Proust, qué podemos esperar de los infinitos críticos académicos, de salón o de columna en prensa que han venido construyendo, en buena medida, el canon de la literatura. Es el juego perverso e inevitable del establishment. Quienes sancionan las obras maestras de su tiempo casi nunca están a la altura de la montaña que deben escalar. En el mejor de los casos, es la generación siguiente la que debe recordarle al viejo alpinista que lo que tomaba por el Mont Blanc apenas era una tachuela, y que el Everest era aquello que él creía papel de envolver regalos.

En 1955, Harcourt, Brace & Company publica una de las grandes novelas del siglo, **Los reconocimientos**, de **William Gaddis**, una obra a la altura de **El plantador de tabaco**, de **Barth**, o **El arco iris de gravedad**, de **Pynchon**. La obra de Gaddis, reconocida hoy como un clásico americano y una de las piezas magnas de su tiempo, recibió entonces 55 críticas. De ellas, 53 fueron negativas y apenas dos apuntaron a la excelencia de la novela. Un lector de Gaddis, **Christopher Carlisle Reid**, amparado bajo el seudónimo de **Jack Green**, dedicó años de su vida a exhumar cada una de esas críticas y a rastrear en ellas toda la miseria de una lectura ciega, incapaz e indigente. La cosecha de esa tarea son las hilarantes piezas que se recogen en **¡Despidan a esos desgraciados!**, y que uno recomendaría



¡Despidan a esos desgraciados!

Jack Green
Alpha Decay

Quienes sancionan las obras maestras de su tiempo casi nunca están a la altura de la montaña que deben escalar

fuera devoradas por todo el arco que compone el circo literario: editores, autores, lectores y, por supuesto, críticos.

La importancia del trabajo de Green radica en que es extrapolable a cientos de obras maestras que la crítica ha destrozado desde la ruindad de unos presupuestos que comulgan con el plagio, la insolvencia o la envidia, pero que todavía hoy, en el mundo globalizado de los libros infinitos, tan a menudo nos hacen comulgar con obras estériles y denuestan con los habituales clichés de la incompetencia libros decisivos, inevitables y necesarios, esos que constituyen la auténtica vanguardia de su tiempo y que con el paso de los años se harán seminales. Regálense un baño de risa y lucidez: esta diatriba feroz e intransigente contra la mediocridad de tantos prescriptores vale su peso en oro. Porque ningún servicio mayor puede hacer una lectura inteligente que arrancar la careta de los impostores para dar al César lo que es del César, y a Gaddis lo que es de Gaddis.

El poeta asesinado

Guillaume Apollinaire

Traducción de Manuel Hortonedo

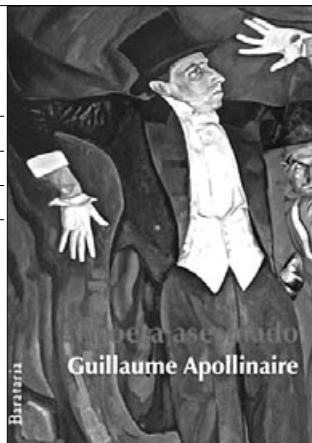
Barataria

144 páginas. 15 euros

Flores en las grietas de un mundo hecho pedazos

A la estúpida pregunta, recogida en una de las solapas de este volumen, de si «la primavera occidental debe nacer de la razón o de la mística», **Apollinaire** responde con un lapidario «el arte nace donde puede». Defensor a ultranza de sus amigos **Picasso**, **Braque** o **Matisse**, autor de un ensayo pionero sobre los pintores cu-

bistas, acuñador en **Las tetas de Tiresias** del término «surrealismo» y, en suma, duende infatigable que consagró todas sus fuerzas a romper las cadenas de la «realidad», Apollinaire (1880-1918) luchó sin tregua, partiendo del simbolismo, para que su arte creciera en todas las grietas abiertas por el desmoronamiento del



viejo mundo y los viejos modelos. **El poeta asesinado** es un cimero ejemplo, de corte autobiográfico y repleto de veladas referencias coetáneas, de cómo su fértil y febril ingenio podía y pudo con todas las barreras. Una piedra angular.

Diario de un hombre de éxito

Ernest Dowson

Traducción de Israel Centeno y Carlos Pardo

Periférica

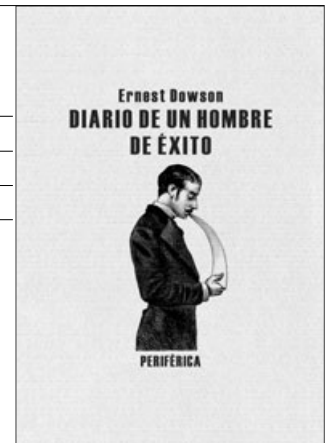
46 páginas. 9,50 euros

Ropajes de fin de siglo para un corazón gótico

Desertor de Oxford y cuentador de las filas decadentistas, el londinense **Ernest Dowson** (1867-1900) ha pasado a la historia, aunque el común de los mortales lo ignore, por ser el autor de frases como «días de vino y rosas» o aquel «se lo ha llevado el viento» que el cine en versión española convirtió en «lo que el viento

se llevó». Ambos son versos de poemas suyos y, en particular, el que da título a la saga de **Tara** figura en «Non sum qualis eram bonae sub regno Cynarae», dedicado a una niña de once años de la que Dowson se enamoró a los 22. Sin éxito.

El poema completa esta edición del **Diario de un hombre de éxito**, irónico título bajo el



que se arroja un cuento de magnífica factura cuyo nudo juega con el equívoco de la amante que comete un error fatal al escoger entre dos pretendientes. Ambientada en Brujas, la historia, de corazón gótico, viste ropajes «fin de siècle».